

Expreso

El Diario de Mayor Circulación Nacional Certificada

Jr. Ica N° 646 — Teléfono 287470

Director: Guillermo Cortez Núñez

N° 9289 — Lima, Domingo 18 de Enero de 1987 — Año XXVI

1/.3.00

pag. 31

Nazca: Metáfora del tiempo

Por Ismael Pinto

Cuatro son los libros de poemas que ha publicado Manuel Pantigoso en el transcurso de estos últimos años: *Salamandra de Hojalata*, *Sydal*, *Reloj de Flora* y *Contrapunto de la Mitomanía*. Todos ellos han dejado una hermosa y permanente huella en nuestro acontecer poético.

Ahora, Manuel agrega un nuevo título a su obra: *Nazca*. Un poemario en que generosa y bellamente se ha tratado —con acierto— de hacer coincidir, imbricar, el ritmo del poema con el espacio de la página en un conjunto armónico encerrado —una totalidad— por la carátula del libro, que no sólo es una entrada al mundo del poeta, sino también la rojiza reverberación solar, cayendo sobre la extensión desolada de la pampa.

Nazca tiene muchas lecturas y siempre será tierra acogedora donde encontrar nuevos mundos entre el drama fundamental que allí se da. Aquel representado por las imágenes materiales del agua y la sequía; por el tiempo y el espacio; por el arenal infinito y el indetenible e insomne diluvio de oro solar cayendo inmisericorde del cielo.

También, *Nazca*, entre bellas metáforas recorre los caminos del amor. Y, a través de él interroga los testimonios de la pampa y del cielo, el vuelo de las aves y el reptar del lagarto, graficadas por nuestros padres ancestrales en míticas y sorprendentes figuras, en abierta comunión —“el coito de la arena y las estrellas”—, como rebelándose al paso del tiempo y también al de los avances de nuestra civilización —“cuando desapareces por el retrovisor/ desen-

focada (tu sombra te exhala) es el desierto/ la estación quedó atrás/ no hay terminales/ es el desierto velozmente detenido”—

Nazca, juega con las palabras. Incluso su mismo título viene de nuestros padres originales devorados por el sol y el arenal; y, también de nuestro doloroso advenimiento a este mundo. Conforma también una puerta luminosa que se abre sobre nuestro pasado, sobre sus testimonios silenciosos cubiertos por el misterio y destruidos por la decisión del hombre: “ellos saben el por qué de tanta paciencia exacta/ de tantos documentos inmolados por el polvo/ llamados ante los siglos...”

Nazca es un bello intento de humanizar un mundo de temible sequedad; de trasponerla a nuestro mundo interior dotándola de una especie de fulgurante cosmicidad, en un afán de hacerlo renacer. Por el amor, por el canto del murmurante del agua, por la memoria. También por el diálogo nocturno: (Zonas de la hoja de la pampa) entre el Urupacha y el Hananpacha; entre el mundo que aletea arriba y el de las profundidades y que nos lleva, trascendiendo culturas y épocas, al interrogante eterno entre la vida y la muerte: de Eurídice a Orfeo —“y cruzarán en el vacío flagelados remos para buscarte”.

Nazca, es una interrogante y es una soledad. Es el canto luminoso, a veces la melopea hermética de una voz antigua que canta dulcemente en nuestra sangre; voz ancestral de “ciertos dioses moldeados de arcilla/ que impulsaron el movimiento/ del granito y de la arena...” que aún perviven y esperan.